

7-12-103

Luces y Sombras de la Televisión

Por J. Miguel Ibáñez Langlois



Las actuales "filosofías de la televisión" presentan contrastes acerbos. Hay quienes, en la línea de McLuhan, esperan que brote de la pantalla étnica el reino de la salvación planetaria o la tierra prometida. A la inversa, hay quienes hacen patente de intelectuales haciendo de la "caja de los tontos" el chivo expiatorio de todos los males contemporáneos. Por eso es grato oír los ponderados juicios que Armando Roa dedica al tema en su nuevo libro *Los cultivos y los medios de comunicación* (Ediciones Nueva Universidad). La misma sensación se encuentra en los estudios, más empíricos y referidos a la televisión chilena, del investigador Valerio Fuenzalida. Ambos trabajos se alejan por igual de un optimismo candoroso y de un pesimismo fatal, para centrarse en una ética de la responsabilidad social, que no

vacila en destacar los enormes vacíos de nuestra televisión, pero que confía en la posibilidad de poner su fuerza de seducción al servicio de la cultura.

El Dr. Roa relaciona la televisión con una idea frecuente del pensamiento actual: detrás de la imagen no hay nada, el ser no existe, la imagen se agota en sí misma; la televisión sería la demostración técnica de ese nihilismo filosófico; si la imagen es lo único real, toda manipulación de la imagen es legítima. A tal idea puede asociarse el éxito del consumismo, la invención seductora de artículos superfluos, el poder de la pantalla para decidir a última hora el resultado de una elección presidencial, etc. Con todo, el autor piensa que "la imagen viste al ser", expresa lo real, es como su vestido, y por eso "incita a conocerlo en la esencia de su verdad". Este realismo filosófico le permite cierto optimismo: la televisión no es de suyo corruptora ni culpable de tanto mal como se le atribuye; podría ser la fuente de enormes bienes.

Ya se saben sus presuntas culpas: la incommuniación de la familia, la violencia, la adicción a las drogas, la pérdida de los há-

bitos de lectura, etc. Pero pocos han estudiado si tales lacras proceden de la pantalla, o bien, al revés, si el pasadizo pagado al aparato es mera consecuencia, por ejemplo, del vacío íntimo y de la soledad de la familia actual. Esta última posibilidad merece suma cautela en el uso del principio de causalidad. Es cierto que los niños tienen pesadillas después de las películas de terror, pero recuerda Roa que, de niños, también nosotros las tuvimos, sólo que su material provenía de otros géneros: cuentos de terror, historias de cucos. "En cuanto a los niños sujetos a inseguridades de carácter, antes de pensar en el televisor, deberíamos averiguar la preocupación de sus padres por llegar temprano a la casa, por conversar con ellos, por darles real amor".

Algo semejante ocurre con la pérdida de los hábitos de lectura. Roa reconoce que la televisión es uno de sus orígenes, pero que la responsabilidad plena es de los padres y de la escuela. "Si los padres no leen, o leen los desechos llamados best-seller, ¿de dónde van a adquirir el hábito los niños?". Por su parte, Fuenzalida reconoce que la televisión ocupa a menudo el tiempo que antes se

destinaba a leer, y que la baja calidad de los programas hace que, a la hora de leer, se escojan libros análogos, es decir, subliteratura; pero que los factores ligados al hogar y la educación son, en buenas cuentas, más decisivos.

Suele relacionarse a la televisión con el auge actual de la violencia. Ciertos experimentos científicos demostrarían que grupos de niños expuestos a escenas televisivas de violencia reaccionan en forma más agresiva, una vez apagada la pantalla, que otros grupos expuestos a escenas neutras. Pero el Dr. Roa objeta que tales condiciones de laboratorio, desde los niños son extraños de su medio habitual, resultan tan artificiosas que no son demostrativas. En suma, "el privilegio lo televisivo como agente de agresividad desvía la atención de otros factores que parecerían tanto o más importantes: la carencia afectiva, la incommuniación, la mala educación, la falta de inteligencia para entrenar el oído".

La televisión resulta así una fácil coartada para ocultar las males más radicales de nuestra época, que son de orden moral, espiritual y religioso. "Si no hubiera televisión, como ocurría

antes, la gente en vez de quedarse silenciosa frente al aparato, se desparancharía fuera de la casa desgastándose en la taberna, en el club, en la vida social, en visitas incógnitas, pero dudosamente se entregaría a los suyos, para lo cual debe tener algo que dar, y eso algo no surge de un alma desértica por falta de devoción a la lectura, a la reflexión, a la contemplación, a las cosas sencillas...".

No se crea que Armando Roa ahorra críticas a la televisión. La relaciona con males tan efectivos como la evasión, las ilusiones falsas, el mal gusto, el deterioro de la sensibilidad infantil, el empobrecimiento del lenguaje.

Uno de los problemas que pueden llevar a la disolución de Occidente es el consumismo y la manipulación de símbolos, y la televisión ha sido entregada en sus manos; depende de él, vive de su comercio, negocia con la ética y propaga con delirio sus vicios. Todo lo cual representa "una especie de crimen histórico, de suicidio de una cultura". El diagnóstico de Valerio Fuenzalida acerca de la televisión chilena coincide casi del todo con tales críticas. Para él, nuestra televisión tiene horarios excesivos

(muchas, muchísimas más horas que los países europeos); horarios inflados de niños y material barato, por las exigencias que impone la publicidad; horarios desmedidos que no tenemos ni el talento ni el dinero ni el tiempo para llenar con programas de alguna calidad. El 70 por ciento de lo que vemos es material extranjero, y del nacional, más de la mitad es de "diversión ligera". Nuestras pantallas nos suministran una alta dosis de escapismo e irrealidad. El exceso de publicidad, la correlativa creación de deseos y necesidades artificiales y la manipulación psicológica de nuestros impulsos son los grandes males de nuestra televisión.

Situados en órdenes distintos, los análisis de Fuenzalida y los de Roa coinciden en casi idénticas conclusiones. Y ninguno de los dos puede ser descartado como un "moralista" o un "utópico" alejado de la realidad. Por último, ambos convergen en sus esperanzas: la televisión no es fatalmente un monstruo ingobernable; podría ser un poderoso instrumento al servicio de la cultura, de la nobleza, de la sensibilidad. Podría, luego debería serlo.

Luces y sombras de la televisión [artículo] J. Miguel Ibáñez Langlois.

Libros y documentos

AUTORÍA

Ibáñez Langlois, José Miguel, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Luces y sombras de la televisión [artículo] J. Miguel Ibáñez Langlois. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile